

UNA MELODÍA PARA CADA MOMENTO

JOAQUÍN PÍRIZ CASAS

Cuando me moceaba, en Barcarrota, mi patria chica, existía un “garito” al que llamaban “La casa de la juventud”. Ostentaba dicho establecimiento el privilegio de ser el primero en el pueblo que poseía una maquinita a la que, agasajándola con pocas pesetas, la obligabas a obsequiarte con una bella melodía del momento. “América, América” de Nino Bravo, “La distancia”, de Roberto Carlos (no el futbolista, claro) o el inolvidable “Ramito de violetas” de Cecilia, esparcían constantemente sus notas por el repleto salón.

El Señor Vicente, dueño del negocio, servía copas tras la vetusta barra mientras miraba por encima de las gafas el comportamiento de los jóvenes allí presentes. Bailar estaba totalmente prohibido, pero acariciar la mano de la inocente acompañante a la que se pretendía encandilar, no resultaba imposible. A cada canción, como cándidos tortolillos, se le hacía responder a la irrefutable pregunta: - “¿Te gusta? La he elegido pensando en ti”. Ante tal interrogante y aunque la “partenaire” no fuese precisamente una melómana, abanicando con sus enormes pestañas el rubor que producía tal diatriba, contestaba con voz cálida y trémula con un sí que se clavaba en el alma de su interlocutor. Trago leve al Bitter Kas y a soñar, que es gratis.

Luego, cuando tuvimos acceso a las discotecas, hubo otras melodías y otros momentos imborrables. Con “Flor de luna” de Santana o “Diamantes brillan sobre ti” de Pink Floyd,

ceñíamos hasta hacerle daño la cinturilla de nuestra pareja con la intención de atraer su cuerpo hacia el nuestro. Los codos empujando nuestros hombros para evitar la peligrosa cercanía fueron siempre ejemplar recurso usado por las descariñadas jovencitas.

Mostrar nuestra inmejorable forma física a base de saltos y cabriolas cuando el pincha atacaba con Tequila o Barón Rojo, tampoco resultaba difícil, dada nuestra insultante lozanía.

Nicola di Bari era el mejor compañero para sobrellevar las tediosas tardes de estudio, a la luz del flexo y al calorcito del brasero de picón que ambientaba el lugar, bajo la faldilla de la mesa camilla.

Pero, la verdad absoluta de todo este asunto es que, desde que la música existe, ha sido compañera fiel de la humanidad, en sus felices o desafortunados momentos. ¿Existirá pues la melodía que calme la irracionalidad del ser humano? Quede en el aire este interrogante.

Badajoz, 13 de noviembre de 2017.